

LIBROS CRÍTICAS



HISTORIA

El arca de Noé de la modernidad

El tránsito al siglo XX fue la Edad de Oro de las postales, que se convirtieron en objeto de colección para pobres. Un libro cataloga las 45.000 impresas en España hasta 1905

POR ANDRÉS TRAPIELLO

Quien haya pasado alguna vez por la calle de la Libertad de Madrid habrá reparado, sin la menor duda, en el escaparate de Casa Postal, una tienda tan pequeña que ha de entrar en ella de perfil, como los jeroglíficos: cromos, juguetes de hojalata, bolas de cristal... La tienda sin embargo no se dedica a eso. En la tienda, pequeña, casi una miniatura, se venden tarjetas postales. En sus archivadores, parecidos a los ficheros del Museo Británico, hay más de un millón a la venta. 45.000 son las que aparecen por vez primera en este catálogo monumental. Todas las que se conocen hasta la fecha. Faltarán, se supone, otras 5.000 o 6.000, ignotas o extraviadas. Una obra faraónica.

Hablemos de ello. En cualquier otro país que no fuera este aduar de beduinos se habría recompensado a su autor, el asturiano Martín Carrasco, con la Orden de la Jarretera por un esfuerzo tan colosal: toda una vida coleccionándolas, catalogándolas y ahora editando esos 200 ejemplares sin ayuda alguna, y por si fuera poco, esperando a que alguien entre a comprarle el libro.

Hace 60 años que los conservadores del Metropolitan de Nueva York empezaron a adquirir para el museo grandes colecciones de tarjetas postales. Advirtieron en ellas una fascinante información histórica: eran el arca de Noé de la modernidad. Basta hojear las casi 600 páginas de este catálogo y las más de 3.000 postales reproducidas en él para conocer aspectos de España que en muchos sesudos tratados no aparecen. Al margen, claro, de la belleza de muchas de ellas y de lo que son la mayoría: cristalizaciones de un momento de dicha. La mayor parte exportan lo mejor de un lugar y se circulan con ellas momentos memorables, o que aspiran a serlo: "Quiero que sepas que cuando estaba lejos, disfrutando de ese lugar tan hermoso que figura en la postal, me acordé de ti, y mi felicidad habría sido completa si hubiera podido tenerte al lado, disfrutando juntos de este momento", parecen decirnos. Esa felicidad es contagiosa: a todo el mundo le gustan las postales, a todo el mundo le gusta recibir las y por



Postales del Rastro, en Madrid (arriba), y Bilbao, sobre estas líneas. CASA POSTAL

eso las ha conservado todo el mundo; nadie hubiera osado destruirlas.

Las que se catalogan aquí van del año 1887, fecha de la primera de que se tiene noticia, a 1905, la Edad de Oro de la tarjeta postal, y su autor ha tenido que ir a buscarlas a varios continentes, allá adonde se enviaron. Las postales en origen eran, pues, cosa de acomodados viajeros, pero las coleccionaron los pobres, que se hacían la ilusión de viajar. Si el coleccionarlas no hubiera sido cosa de pobres, los responsables de nuestros museos y bibliotecas, nuevos ricos acostumbrados a la pólvora del rey, las acopiarían si no por sagacidad, como sus colegas del Met de Nueva York, si por mimesis y esnobismo.

Acaso nos convenga así: los provincianos vagamundos podremos seguir comprándolas en el Rastro por un euro. ¿Y qué buscamos en ellas? Sin ir más lejos, en las cuatro rarísimas que se conservan del Rastro madrileño, de principios del siglo XX, una imagen fidedigna de algo que sólo estaba apuntado en los libros de Mesonero, Baroja o Gómez de la Serna y en algún cuadro de Solana: la miseria de las Grandiosas Américas y la desolación baudelaireana, la mirada luminosa de unos niños andrajosos, que ya habrán muerto, y la temperatura moral de aquellos barrios bajos.

Al margen de la minuciosa catalogación de Martín Carrasco, el entomó-

logo de las postales, voy pasando lentamente sus páginas. Pocos festines comparables. Cuanto más grande es el mundo, más hospitalaria y confortable es la casa postal que les ha dado. Todas y cada una hablan de nosotros. Son auráticas, con su poder de acercarnos tantas lejanías. Están representados cualquier ciudad, pueblo o lugar, grande o pequeño, transitado o escondido, próximo o remoto de España, Puerto Rico, Cuba, Filipinas y las colonias africanas, donde prendió una industria que nadie pensó que llegaría a ser tan floreciente. Hasta que, pasados 100 años, casi se ha extinguido. Está a punto de suceder. Como el plástico acabó con los alfares, los *esmarfons* están a punto de apuntillar uno de los inventos más afortunados, el canto del cisne del romanticismo.

El autor de esta obra, empezada hace 15 años, confiesa que su mayor temor era, dada su edad, no verla terminada. Que lo haya logrado precisamente ahora acaso sea providencial. Tal vez empiecen a interesarse por las postales alguien más que los beneméritos cartófilos. Y ese será un hecho feliz, tal vez el último, como quien dice, concerniente al asunto que tratamos.

Catálogo de las tarjetas postales ilustradas de España

Martín Carrasco Cortés
Casa Postal, 2018. 594 páginas. 70 euros

POESÍA

Las galaxias y las lentejas

POR JAVIER RODRÍGUEZ MARCOS

Cada tanto se produce el milagro y un poeta español posterior a la última generación canónica —la de los ochenta: la de, para entendernos, Luis García Montero, Ángeles Mora, Olvido García Valdés o Juan Carlos Mestre— publica un libro que reclama su lugar en la historia de la literatura reciente con una voz madura y con eso que llaman mundo propio. Si fue el caso de, entre otros, *Esto es mi cuerpo*, de Juan Antonio González Iglesias; *Monstruos perfectos*, de José Luis Piquero; *Espejo negro*, de Miriam Reyes, o *Chatterton*, de Elena Medel, ahora lo es el de *Gótico cantábrico*, de Martín López-Vega. Asturias no de Poo de Llanes y de 1975, López-Vega se estrenó como poeta en 1994 con *Objeto robados*, y en su último poemario —el undécimo— cobran todo el sentido las palabras que incluyó en su poética para la antología de José Luis García Martín *La generación del 99*: "La peor poesía es la que suscita la pregunta: ¿qué significa? Un buen poema, que nunca es una obviedad, sabe conducir a su lector a donde quiere fluidamente, aunque a veces el camino sea tortuoso".

Mezclando sutileza y crudeza, *Gótico cantábrico* es un despliegue de elegía sin nostalgia, realismo sin prosaismo y reflexión sin afectación. El título remite al famoso cuadro de Grant Wood *American Gothic*, y la austera pareja de granjeros estadounidenses que protagoniza la pintura se transmuta aquí en los bisabuelos del autor, cuyos retratos cierran el poemario. Por la corriente subterránea que comunica un universo rural con el otro transcurre la memoria de un tiempo "en el que la cocción / se media en oraciones (los percebes, un padrenuestro)", vuelven los días de adolescente solitario y llega la serenidad de quien sabe —este es un libro sabio— disfrutar de los placeres del cuerpo y del espíritu pero no siente como dolor su falta. Poemas memorables sobre el viaje, la amistad y el amor conviven con estampas políticas nada complacientes (crítico con la Transición, crítico con el 15-M) y con incómodas estampas digamos biopolíticas. En este sentido, los versos de "Poema de género" dan bien el tono general: "Mi padre me lo enseñó todo / acerca de cómo no debe ser un hombre. / Mi abuelo me lo enseñó todo / acerca de cómo eran antes los hombres. / De modo que me fui haciendo hombre / sin saber cómo ser. / Sobre el asunto, los libros decían poco. / Lo que dejaban entrever las canciones / tampoco era muy convincente. / El arte decía: las mujeres, mejor desnudas, / mejor mudas, mejor incluso lisiadas. / Pregunte a mujeres que me enseñaban una teoría / y me respondían con una práctica diferente. / Si fuera cierto que errar / es el mejor modo de aprender / habría llegado a algún entendimiento. / Y sígo sin saber coser un botón / ni hacer el dobladillo, / pero del mismo modo que lo hacía mi abuela / (mi abuela desdentada / no por el hambre, sino por la ignorancia) / separo lentejas de piedras, / guiso las lentejas / y con las piedras hago caminos / por los que nunca volveré".

Martín López-Vega, que ha sido traductor, periodista, librero y profesor, es por su uso del verso y las imágenes, de la ironía y la emoción, una suerte de poeta polaco que escribe en español, o sea, un cosmopolita. En *Extravagante tripulación*, un volumen que reúne sus entrevistas a escritores, recoge una con Seamus Heaney en la que, a la pregunta por la síntesis ideal para escribir poesía, el Nobel irlandés responde: "La que vi en la casa que compartían Mandelstam y Ajmátova: la mezcla de la cocina y el cosmos". *Gótico cantábrico* consigue con naturalidad que las dos cosas parezcan la misma.

Gótico cantábrico

Martín López-Vega
La Bella Varsovia, 2017
122 páginas. 12 euros